



Seminaristas Por La Vida

BOLETÍN DE HUMAN LIFE INTERNATIONAL®

Volumen XXI, No. 1

Primavera del 2011



Estimados hermanos en Cristo,

En este número del *Boletín de la Internacional de Seminaristas por la Vida* abordamos, de manera breve pero completa, el tema de *La mentalidad anticonceptiva y sus consecuencias*. Le encargamos al Director de Investigación y Capacitación de Human Life International (HLI), el Dr. Brian Clowes, escribir este importante artículo basándose en lo que ha aprendido en sus casi 30 años en el movimiento provida. El Dr. Clowes ha sacado el contenido de este ensayo de su vasta experiencia y pericia, que se debe no sólo a sus viajes misioneros en los cuales ha recorrido más de un millón y medio de kilómetros y visitado 50 países a través del mundo, sino también de su labor junto al fundador de HLI, el Padre Paul Marx, OSB, a quien el Papa Juan Pablo II llamó “el Apóstol de la Vida”.



John Fusto
Director de SFLI

Índice

Página 2: *La “mentalidad anticonceptiva” y sus consecuencias, por el Dr. Brian Clowes.*

Página 4: *El sacerdote y la curación espiritual del síndrome post aborto, por el Padre Juan Carlos Chávez.*

El Padre Marx fue conocido no sólo por sus incansables esfuerzos en la lucha por los no nacidos y en contra de los estragos del aborto quirúrgico, sino también por su postura sin componendas en contra de la anticoncepción, respecto de la cual se dio cuenta enseguida que sería una enorme fuente de numerosos males de una cada vez más creciente “cultura” de la muerte. El Padre Marx fue, desde el principio, un ardiente defensor de la clarificación de la doctrina católica que sobre este tema dio Su Santidad el Papa Pablo VI en la Encíclica *Humanae vitae*, publicada en 1968. Respecto de ese profético documento, el Padre Marx expresó muchos años después:

Es ahora evidente para el observador atento que la anticoncepción, como el profético Papa Pablo VI dijo tan elocuentemente en Humanae vitae, conduce a toda clase de males, incluyendo el aborto. Los que mejor conocen esta progresión son los mismos promotores del aborto.

Tenemos la esperanza de que este número del *Boletín de la Internacional de Seminaristas por la Vida* sea de utilidad para su labor en la viña del Señor en la promoción de la cultura de la vida. Que ustedes también se conviertan en “apóstoles de la vida”, y de esa manera respondan a la necesidad más grande de la misión de la Iglesia hoy en día – porque, como el Papa Juan Pablo II también le dijo al Padre Marx, “usted está llevando a cabo la labor más importante de la tierra”.

¡Que Dios les bendiga a todos!

John W. Fusto
Human Life International
Coordinador de la Red Internacional



La “mentalidad anticonceptiva” y sus consecuencias

Brian Clowes, Ph.D., Human Life International

¿Qué es la mentalidad anticonceptiva?

Una mentalidad es un conjunto de creencias o suposiciones que dirigen e informan los aspectos morales de la vida de una persona. Especialmente en nuestra época, se puede fabricar y manipular, por medio de la propaganda, la mentalidad de poblaciones enteras, para que muchas personas vivan según esa mentalidad manipulada sin ni siquiera darse cuenta.

Un ejemplo de una mentalidad beneficiosa es aquella con la cual la gente vive con la actitud siempre presente



Dr. Brian Clowes

de estar dispuesta a sacrificar la comodidad, las posesiones o aún la propia vida, para poder alcanzar una meta más elevada, como el bien de los demás o de la sociedad. De la misma manera, una “mentalidad de servicio” puede definir a una persona que habitualmente coloca las necesidades espirituales y temporales de los demás, especialmente de los

menos afortunados, por encima de sus propios deseos. Estas dos encomiables mentalidades prevalecen a través de una civilización auténticamente cristiana.

Por otro lado, una mentalidad negativa o dañina es la actitud habitual que se funda en el error o en el egoísmo, y que luego puede desestimar verdades o realidades que entran en conflicto con la conducta a la cual la persona se ha acostumbrado, muchas veces sin reflexión alguna. Las mentalidades dañinas conducen a comportamientos peligrosos y desordenados. En tales casos, no se toman en cuenta las consecuencias a largo plazo – aún cuando a la persona se le ha puesto sobre aviso respecto de las mismas – ya que a esa persona le interesan sola y principalmente la satisfacción de sus necesidades o la solución de sus problemas a corto plazo.

En la actualidad, se han fabricado mentalidades dañinas a gran escala y sin precedentes. Se continúa difundiendo estas mentalidades de manera deliberada, en todos los

niveles de la sociedad, y con consecuencias catastróficas. Ello es particularmente cierto respecto de las mentiras de la “cultura de la muerte” (como la llamó el Papa Juan Pablo II), la cual recibe un enorme financiamiento. La malévola propaganda de esta “cultura” se encuentra hoy difundida en prácticamente todos los países del mundo. Debido a los numerosos métodos de comunicación en masa, muchas personas se han saturado tanto de falsedades y medias verdades que han llegado a producir en ellas mismas actitudes y mentalidades muy dañinas. Un ejemplo importante de una mentalidad errónea y peligrosa que se ha difundido mucho y que está gravemente socavando y deconstruyendo la sociedad contemporánea es la “mentalidad anticonceptiva”.

La mentalidad anticonceptiva se difunde inexorablemente

Una de las características que identifican a cualquier mal moral es su capacidad para difundirse sin esfuerzo, como un balde de aceite de motor sucio arrojado en un lago de agua limpia. Debido a nuestra naturaleza herida por el pecado, debemos continuamente estar en guardia y luchar contra las seducciones del mundo que apelan a nuestras tendencias pecaminosas, so pena de que caigamos fácilmente en ellas sin ni siquiera darnos cuenta de nuestro lento descenso en el error y la corrupción. Esta vigilancia también implica que estemos *conscientes* de los errores y los males que nos rodean.

La “mentalidad anticonceptiva” ha sido taladrada cada vez más en las mentes y corazones de la gente en todas partes. De hecho, el mundo entero está nadando en un océano de propaganda anticonceptiva: en revistas y periódicos, en la televisión, en las películas, en la radio, en las vallas publicitarias, y en las escuelas. Las clases de “educación” sexual de las escuelas públicas usualmente tratan en detalle todos los métodos anticonceptivos. El mensaje que insidiosa e inexorablemente se nos adoctrina para que lo aceptemos es la siguiente y enorme mentira: “La anticoncepción es una parte integral e importante del moderno estilo de vida. Todo el mundo la practica y tienes la obligación de practicarla si eres una persona responsable”.

La anticoncepción, y la mentalidad que la acepta, es absolutamente esencial para sostener la “cultura de

La anticoncepción promueve la malévolactitud de que los niños son meros “objetos” o “mercancías” para que alguien los “desee” o “no los desee”, sujetos a la tiranía de los caprichos, “elecciones”, “estilos de vida” o conveniencia de sus padres, y que al “intruso” por nacer hasta se le puede eliminar (esto es, matar), si así se desea.

la muerte”. Esta “cultura” está socavando la civilización cristiana, particularmente a través de la corrupción de la moral sexual y la destrucción de la tradicional célula familiar. A medida que la aceptación de la anticoncepción se ha universalizado, ha surgido una correspondiente y terrible espiral hacia abajo.

En los países donde la anticoncepción es común, las generaciones han crecido conscientes de que sus padres utilizan anticonceptivos. Desafortunadamente, los padres que practican la anticoncepción tienden a tener adolescentes que no son castos, como el Padre Paul Marx, fundador de Human Life International, solía señalar. La desintegración de los valores morales en todos los niveles ha sido insólita, especialmente desde el lanzamiento de la “Píldora” en el mundo en la década de los 60.

La mentalidad anticonceptiva ha envenado profundamente la vida familiar y la Iglesia por medio de disidentes que han hecho mucho ruido y de los ignorantes. Si la gente joven sabe que sus padres han separado el acto sexual de la procreación (que es lo que la anticoncepción hace), ¿por qué no pueden ellos hacer lo mismo? Si los fieles casi nunca escuchan (si es que alguna vez escuchan) a sus sacerdotes decir que el uso de la anticoncepción es gravemente pecaminoso y físicamente peligroso, ¿cómo entonces van a conocer la luz de la verdad?

En medio de este ambiente de error casi universal, y de propaganda por todos lados, nuestros hijos crecen y se hacen adultos moldeados cada vez más por la falsa mentalidad de que el uso de anticonceptivos significa “ser responsables”. La tendencia que se ha desarrollado es una en la cual las parejas de casados (o, en muchos casos, de no casados) se han acostumbrado a la anticoncepción, y hasta la ven como una parte integral de sus “estilos de vida” – el cual siempre será irresponsable y egoísta, mientras sigan practicándola. Desafortunadamente, la mayoría de las parejas “modernas” del mundo occidental no abandonarían la anticoncepción por la regulación natural de la fertilidad (RNF), como tampoco abandonarían sus

automóviles por bicicletas, a pesar de que la RNF es más saludable tanto para las personas como para la sociedad.

La enseñanza de la Iglesia Católica acerca de la anticoncepción

Ante la omnipresencia de la mentalidad anticonceptiva, es importante entender qué es la anticoncepción y por qué es tan dañina y, en última instancia, tan destructiva.

El acto conyugal tiene dos importantes propósitos: el unitivo y el procreador (*Humanae vitae*, no. 12), a los que también podemos llamar “vínculo afectivo y bebés”. Si uno de los dos es descartado, el otro queda gravemente afectado. El propósito y la promesa misma del acto conyugal y del matrimonio no se cumplen. Se trata de un grave desorden que se le inflige al corazón del matrimonio, a los aspectos más íntimos del amor humano y, por lo tanto, a la sociedad en su totalidad.

El evitar los hijos ha alcanzado un elevado nivel de

Presidente de HLI

Padre Thomas J. Euteneuer

Director de SFLI

John Fusto

Asesores

Joseph Meaney
Brian Clowes, Ph.D.

Revisor de redacción

Anthony Mioni (inglés)
Adolfo J. Castañeda (español)

Seminarians for Life International es una publicación trimestral. Para suscribirse o para pedir más ejemplares, póngase en contacto con:

Human Life International
Attn: *Seminarians for Life International*
4 Family Life Lane
Front Royal, Virginia 22630
USA

Email: semsforlife@hli.org
Tel.: 540-635-7884

La información acerca de SFLI también está disponible en nuestro portal: www.hli.org/seminariansforlifeinternational.

Seminarians for Life es una marca registrada de Human Life International, Inc.®. Por favor, póngase en contacto con HLI para obtener la autorización de re-imprimir cualquiera de nuestros materiales educativos o de usar el nombre de *Seminarians for Life*. Para adquirir más información acerca de HLI, por favor, visite nuestro portal www.hli.org.

pericia técnica en nuestros días. La esterilización sexual del hombre y de la mujer se logra de manera relativamente fácil por medio de la cirugía. La esterilización es una forma de mutilación y, como tal, priva a la persona de la facultad generativa. Es, por lo tanto, gravemente inmoral. Además, hay dos clases generales de maneras de impedir los nacimientos que son artificiales e inmorales: aquellas que son *anticonceptivas* y las que son *abortivas*. A ambas maneras también se les conoce erróneamente como “control de la natalidad”, lo cual significa que no hay ni natalidad ni control.

Los *anticonceptivos* colocan una barrera entre el espermatozoide y el óvulo. Entre los anticonceptivos se encuentran el condón, la capa cervical y la esponja anticonceptiva. Los *abortivos* causan abortos por medio de fármacos que funcionan de diferentes maneras, incluyendo el impedir que el blastocisto (a menudo inadecuadamente llamado “óvulo fecundado”, pero que en realidad es un pequeño ser humano) se implante en el útero. Los abortivos también incluyen la píldora anticonceptiva, el Norplant y los insertables Jadelle, la vacuna Depo-Provera, y dispositivo intrauterino DIU (o IUD).

Debido a que cualquier forma de anticoncepción implica la deliberada paralización de una de las funciones naturales del cuerpo, esto es, la procreación, la Iglesia Católica enseña que este acto es intrínseca y gravemente desordenado. El cuerpo es el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19), y cualquier mutilación de sus funciones es gravemente pecaminosa, equivalente a sacar un ojo o cortar un dedo.

Desde su fundación, la Iglesia Católica ha condenado la anticoncepción. Atenágoras, San Ambrosio, San Agustín, Bernabé, San Basilio el Grande, Cesáreo, Clemente de Alejandría, Efraín el Sirio, Epifanio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Hipólito, Lactancio, Minucio Félix, Orígenes de Alejandría, Tertuliano y los Obispos reunidos en el Primer Concilio de Nicea en el 325 DC, fueron algunos de los Padres de la Iglesia que hablaron y escribieron en contra de la anticoncepción.

A medida que se formaron las distintas denominaciones protestantes, sus fundadores y líderes también condenaron la anticoncepción en los términos más enérgicos que les fue posible. Por ejemplo, Juan Calvino la llamó “monstruosa”, y Juan Wesley dijo que era “muy desagradable a Dios y evidencia de viles afectos”.

Hasta 1930, todas las iglesias cristianas unánimemente y sin temor se oponían a los medios artificiales para impedir los nacimientos. Pero, durante ese año, la Resolución 15 de la Conferencia de Obispos Anglicanos de Lambeth aceptó la anticoncepción por primera vez “donde haya una obligación moral claramente sentida de limitar o evitar la paternidad”. Interesantemente, el uso de anticonceptivos era considerado tan desordenado durante esa época, que aún la prensa secular y los psiquiatras (incluyendo Sigmund Freud) hablaban en contra de ella. Mahatma Gandhi emitió exactamente las mismas inquietantes predicciones que el Papa Pablo VI emitiría tres décadas después en *Humanae vitae* cuando dijo que

“Los métodos artificiales son como darle un premio al vicio. Convierten a los hombres y a las mujeres en temerarios... La naturaleza es inexorable y se vengará plenamente de cualquier violación de sus reglas. Los resultados morales sólo pueden producirse por medio de restricciones morales. Si los métodos artificiales se ponen a la orden del día, no podrá resultar otra cosa que la degradación moral... Como están las cosas, el hombre ha degradado ya bastante a la mujer por medio de su lujuria, y los métodos artificiales, no importan cuán bien intencionados sean sus partidarios, la degradarán más todavía”.

En otras palabras, Dios siempre perdona, el hombre algunas veces perdona, pero la naturaleza nunca perdona.

Como el gran faro de verdad para el mundo que es, la Iglesia Católica se mantiene firme en contra de la anticoncepción. Ella sabe que no puede cambiar la ley inmutable de Dios, sino que solamente puede reconocerla y enseñarla. La Iglesia es también la guardiana de nuestra comprensión de la ley natural, la cual está escrita en nuestros corazones y en la creación. Como esta ley nos ha sido dada por Dios, la Iglesia no tiene la autoridad para cambiar sus principios morales fundamentales. (Desde luego, la Iglesia clarifica ciertos asuntos a la luz de nuevos conocimientos, pero los preceptos fundamentales de la ley natural permanecen incambiables en la doctrina de la Iglesia.)

Algunos grupos prominentes que disienten de las enseñanzas de la Iglesia dicen que “la mayoría de la gente utiliza anticonceptivos” y que la Iglesia debe adaptarse al mundo moderno. Este argumento es absolutamente irrelevante. La pecaminosidad de un acto no la determina el voto popular; sino el Magisterio, la autoridad docente de la Iglesia, que está compuesta por el Papa y los obispos

que están en comunión con él (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 85).

Muchas personas que utilizan anticonceptivos dicen que simplemente están “siguiendo su propia conciencia”. Sin embargo, solamente está permitido seguir la propia conciencia cuando dicha conciencia está *debidamente formada* y sus juicios *están en conformidad con la doctrina de la Iglesia*. Como dijo el Papa Pío XII: “La conciencia no es maestra, sino discípula”. Nunca está permitido elegir la comisión de un acto malo o justificarlo “según nuestra conciencia”.

Por qué es un hecho que la anticoncepción fomenta *más* y no menos abortos

Los intentos para resolver problemas éticamente difíciles solamente con la tecnología, sin la luz de la verdad divina, siempre cosecharán dañinos frutos. La anticoncepción es quizás uno de los ejemplos más paradigmáticos de esta importante verdad, porque de hecho conduce a *más*, no menos, abortos. A primera vista, ello parece ser una contradicción, ya que la anticoncepción ha sido *diseñada* para impedir la concepción y, teóricamente, lograr que el recurso al aborto sea “innecesario”. Sin embargo, el uso de la anticoncepción requiere una visión desordenada de la vida humana y la sexualidad. Esta “mentalidad anticonceptiva”, que se basa en el egoísmo, en la falta de aprecio hacia el valor de la vida humana y la dignidad del matrimonio, siempre conduce a una creciente “necesidad” del aborto. Repasemos las dos razones del porqué la anticoncepción de hecho aumenta el índice de abortos.

La primera razón es que las parejas que practican la anticoncepción han albergado una actitud y una conducta que acepta una “solución” puramente antinatural y técnica al “problema” de la prevención del embarazo. Cuando el método anticonceptivo falla, la pareja fácilmente se siente con el “derecho” a recurrir a otra “solución” antinatural y técnica: el aborto. Toda la dinámica humana del amor dador de vida, en el contexto de la alianza matrimonial, se degrada, se mecaniza, se despersonaliza y se trivializa. Cuando surge un embarazo “no planificado”, la pareja siente que su “sistema” artificial les ha fallado y ve al bebé, no como un don de Dios, sino como un intruso que no es bienvenido. Entonces buscan otra “solución” mecánica y degradante a este “sistema fallido”, *que es un ser humano*.

Ésa es la “mentalidad anticonceptiva” en su aterradora y destructiva realidad. Aquí podemos darnos cuenta

con toda claridad cómo la anticoncepción promueve la malévola actitud de que los niños son meros “objetos” o “mercancías” para que alguien los “desea” o “no los desee”, sujetos a la tiranía de los caprichos, “elecciones”, “estilos de vida” o conveniencia de sus padres, y que al “intruso” por nacer hasta se le puede eliminar (esto es, *matar*), si así se desea. Es fácil darse cuenta de por qué el egoísmo y el utilitarismo, tan profundamente arraigados en el interior de las personas que tienen una mentalidad anticonceptiva, constituyen una grave amenaza para el amor auténtico, el matrimonio y la sociedad. Esa mentalidad anticonceptiva con frecuencia desemboca en el aborto asesino. La mentalidad anticonceptiva también constituye una amenaza significativa para la paz en el futuro, la armonía y la sostenibilidad en cada nivel de cualquier sociedad donde eche raíces.

La segunda razón por la cual la anticoncepción conduce a un aumento del número de abortos es sencillamente porque ésta no funciona. En EEUU, por ejemplo, se ha documentado el hecho de que mucho más de la mitad de todas las mujeres que solicita un aborto estaba utilizando anticonceptivos cuando quedó embarazada. Cada año, en EEUU, hay dos millones de fracasos de anticonceptivos, principalmente entre las adolescentes. Y el número de abortos quirúrgicos anuales es precisamente más de un millón.

Cada una de las más de cien naciones que ha legalizado el aborto a petición comenzó legalizando la anticoncepción. Como la anticoncepción falla tan a menudo, automáticamente fomenta la exigencia del aborto, aún cuando éste es ilegal. Entonces entran en escena los grupos internacionales que se dedican al control demográfico. Estos grupos están motivados por una agenda antivida y cuentan con un enorme financiamiento, así como con el apoyo de los abortistas nativos. Fabrican una poderosa propaganda por medio de lamentables (y falsas) historias acerca de miles de mujeres que están, así dicen ellos, muriendo debido a los abortos clandestinos o ilegales. Luego estos mercaderes de la muerte exigen que se legalice el aborto. Desde luego, la misma gente que antes estaba practicando abortos ilegalmente, ahora los practican bajo el amparo de leyes inicuas.

Malcom Potts, ex director del departamento de medicina de la abortista Federación Internacional de Planificación de la Familia, predijo con exactitud hace cuatro décadas que “a medida que la gente utilice anticonceptivos, habrá un aumento, no una disminución, de la tasa de abortos”.

La mentalidad anticonceptiva también fomenta otros males

El tema de la anticoncepción es tan importante que, ante Dios y el hombre, a menudo sirve de “piedra angular” para mucha gente cuando llega la hora de decidir si van a seguir o no las otras enseñanzas de la Iglesia Católica. La cuestión de la anticoncepción usualmente determina, y por un amplio margen, las opiniones y actitudes de las personas acerca de todos los demás asuntos relacionados con la vida y la familia. Cuando los católicos practican la anticoncepción, usualmente están bien conscientes de que están desobedeciendo la doctrina de la Iglesia. Y si bien el primer paso es siempre el más difícil, pronto llegan a rechazar también las enseñanzas de la Iglesia sobre otros temas de moral. Una vez que una persona, católica o no, ha aceptado la aberrante mentalidad anticonceptiva, continúa aceptando otros puntos de vista y comportamientos desordenados.

No es difícil señalar algunos ejemplos del terrible efecto en cascada, que inevitablemente resulta de la separación de los dos elementos esenciales (el unitivo y el procreador) del acto conyugal. Después de todo, si se puede descartar el aspecto procreador, ¿por qué no también el unitivo? De manera que es fácil darse cuenta por qué una vez que se establece una amplia aceptación de la anticoncepción, surgen rápidamente unas elevadas tasas de divorcio. Otro escalón mortal en la espiral en descenso, una vez establecida una amplia difusión de la anticoncepción y el aborto, es el infanticidio de recién nacidos incapacitados. Y la eutanasia, también erróneamente llamada “matar por piedad”, no queda muy lejos tampoco.

Y por último, también podemos darnos cuenta de que si se puede separar el aspecto unitivo del procreador en el acto conyugal, entonces ya no importa *quién* se une a *quién*. Por ello, somos testigos de una epidemia de libertinaje sexual y promiscuidad en todos los grupos,

El sacerdote y la curación espiritual del síndrome post aborto

Padre. Juan Carlos Chávez
Director de REDESSVIDA
Proyecto de HLI y VHI

El proceso de curación del síndrome post aborto (SPA) es importante para nosotros los sacerdotes, pues somos ministros de la reconciliación de los hombres con Dios. El Papa Benedicto XVI nos llamó “apóstoles de la Divina Misericordia”. Y hoy el SPA, es una herida profunda que ha dejado huella no solo en la persona que lo ha realizado, sino en un grupo de personas que estuvieron involucradas en este crimen y pecado. Por eso el sacerdote debe conocer estrategias de curación para sus feligreses, para sus ovejas.

Esta reconciliación y curación la hace especialmente en el Sacramento de la Penitencia o Confesión. Pero por el carácter traumático, psicológico y espiritual, que ha dejado un aborto, el sacerdote sabe que si quiere una curación profunda que llegue a la persona (s) involucrada (as), debe poner el sacramento dentro

de un proceso personal “integral”. El hombre no solo es espíritu, sino que tiene dimensiones emotivas y corporales que influyen mucho en la conducta y en una respuesta positiva o negativa a Dios.

El tomar en serio un proceso de curación frente al SPA, *es ir captando con más conciencia el sentido del pecado del aborto*. Y por tanto, en sentido positivo, una *valoración más cristiana del valor de cada vida humana*. Ante una pérdida del sentido del pecado, y de este pecado en particular, por parte de la conciencia de gran parte de nuestra gente y a veces de personas de Iglesia, este proceso de reconciliación y curación colaboraría con una revalorización de la vida humana en la sociedad.

Un proyecto de curación profunda de las heridas del aborto hoy es ¡¡¡urgentísimo!!!, por dos razones de peso: 1. *Son miles las personas que sufren este síndrome*, pues la cantidad de abortos se ha multiplicado, incluso en nuestros países donde no es legal el aborto. ¿Qué pasaría si fuese legal? Sería terrible, sería peor. Y estas personas son nuestros feligreses. Es un desafío pastoral de primer orden, impostergable. Y 2. Si queremos *reconstruir las familias*, célula básica de la sociedad y de la iglesia (la familia es la Iglesia doméstica), tenemos que *reconstruir al matrimonio, al hombre y la mujer*. El aborto ha introducido un germen de violencia y corrupción no sólo en la mujer, sino en toda la familia. Quien conoce

sin importar la edad. Y ahora se está degenerando de manera aún más grave a través del impulso que la ONU está dando, a nivel global, a los mal llamados “derechos”, relaciones y aún “matrimonios” homosexuales. No debe sorprender el hecho de que la aceptación del “matrimonio” homosexual por parte de varias naciones ahora haya hecho que los polígamos exijan los mismos “derechos”. Después de todo, si dos hombres se pueden casar, ¿por qué no un hombre con varias mujeres o una mujer con varios hombres?

Todas estas graves aberraciones actuales tienen sus raíces en la mentalidad anticonceptiva. Esta mentalidad contradice la ley natural y acepta la separación, antinatural y desordenada, de los propósitos unitivo y procreador del acto conyugal, en el contexto de un matrimonio potencialmente fecundo entre un hombre y una mujer. Se entiende por qué es muy difícil para la gente que está *en contra del aborto pero a favor de la anticoncepción*, rebatir

estas enormes consecuencias tan evidentes que resultan de la aceptación del mal particular de la anticoncepción.

¿Quiénes son más felices?

La solución de todo esto es evidente. Solamente podemos contener el mal y el desorden actuales por medio de enseñar a la gente que el seguimiento de la ley de Dios, tal y como se encuentra expresada en la ley natural y enseñada por la Iglesia, es la única manera de lograr familias, comunidades y naciones estables. No podemos tener una sociedad saludable y fuerte simplemente echando a un lado la ley natural o la virtud o intentando suprimir las consecuencias de las acciones desordenadas de los hombres con “arreglos” técnicos o aún homicidas, que sólo sirven para aumentar el vicio y la degeneración.

Las personas que practican la anticoncepción dan muchas racionalizaciones y manifiestan muchos

algo de las consecuencias que un aborto produce en la mujer y en el hombre, se queda impactado de la herida que se produce en el alma de esta persona. Y el aborto, que es la peor violencia a la mujer, engendra violencia. ¡Qué se puede esperar de las familias! El aborto introduce un espiral de violencia muy profunda. Por tanto, el sacerdote no puede quedar ajeno a esta realidad.

Como *experiencia personal* puedo decir que haber dedicado parte de mi tiempo a este ministerio de curación ha sido para mí como sacerdote de Cristo y de la Iglesia un *enriquecimiento en todo sentido. En especial en el espiritual*. Un sacerdote que siente este mal profundo de las personas y por otro lado la gran misericordia de Dios, no sigue siendo el mismo. Este camino compartido con estas personas *obliga al sacerdote a tomarse más en serio la santidad personal, la oración más consciente, la pureza de costumbres*. Pues, un sacerdote sin espiritualidad profunda,

sin compromiso ascético, sin vida de oración no podría afrontar este desafío pastoral. Simplemente no lo haría, no le daría su importancia necesaria. *Este ministerio me “OBLIGA” a mostrar el rostro de Dios misericordia; me obliga a orar intensamente por estas personas; a no quedarme impasible e indiferente ante la tragedia del aborto. Me obliga a actuar por la defensa de la vida del bebé y de su madre y por tanto de la salvación del mundo.*

Y la experiencia nos dice que *una mujer, un hombre sanados por Dios en su espíritu, especialmente de este pecado y de este trauma, se convierten en defensores de la vida*. Se dan cuenta de lo que significa el aborto como pecado de desprecio directo a Dios y a la imagen de Dios que es el niño en el vientre de su madre. Por tanto, es una oportunidad para el sacerdote de tener un ejército de personas convencidas de esta Causa de la vida que la han hecho Causa de Dios. Y lo hacen desde un convencimiento

más profundo y personal. ¿Acaso no queremos esto los sacerdotes? Creo incluso, que podría devolver la alegría y compromiso sacerdotales a algunos que los pueden estar perdiendo.

Además, la opción de Jesús siempre fue por los pecadores, los pobres, los niños, los desamparados. ¿Quién más desamparado, pobre, indefenso que un bebé en el vientre materno? ¿Quién más desamparada, indefensa (ante los ataques del demonio y del pecado), quién más se siente pecadora que una mujer que ha abortado? Si no hacemos algo para llegar a ellos, para defenderlos, para “buscarlos”, para mostrarles el Amor de Dios, como lo hacía Jesús, estaríamos fuera de su opción.

REDESSVIDA son las siglas que denotan a la Red Latinoamericana de Sacerdotes y Seminaristas por la Vida de Vida Humana Internacional. Para obtener más información, visite: www.redessvida.org.

mecanismos de defensa, para intentar legitimar el carácter antinatural de la esterilidad que ellas mismas se han impuesto. Pero la separación de la relación sexual de la procreación nunca proporciona la mal llamada “felicidad”, que es objeto de tanta propaganda. La anticoncepción es intrínseca y gravemente desordenada y está en conflicto con la esencia misma de lo que significa ser persona humana: creada a imagen de Dios para amar y ser amada en una relación exclusiva, fiel y abierta a la fecundidad. La verdad de todo este asunto es que la mentalidad anticonceptiva atrinchera a la persona en el egoísmo y, por ello, las personas que practican este mal no pueden amar de verdad ni lograr la auténtica felicidad. Una ilustración muy interesante y concreta de ello es que la gente que se abstiene de relaciones sexuales antes del matrimonio y permanece fiel y abierta a la vida una vez casada, tiene una tasa de divorcio de aproximadamente del 3 al 6%, según toda una gama de investigaciones; pero los que se involucran en relaciones sexuales antes de casarse y luego usan anticonceptivos una vez casados tienen una tasa de divorcio de más del 50%.

Otro triste fenómeno que refleja las consecuencias naturales de la mentira de la anticoncepción es que las mujeres que han consumido la píldora o esteroides similares durante muchos años, y que luego finalmente deciden que están “listas” para tener un bebé, descubren que no pueden concebir. Todos los años, miles de estas mujeres quedan pasmadas al descubrir que su fertilidad ha sido permanentemente dañada, y se sienten obligadas a recurrir a técnicas de reproducción asistida, que son enormemente costosas, poco fiables y a menudo inmorales, en búsqueda de los hijos que años atrás rechazaron.

Dios es amor. El amor se da a sí mismo al amado y es, por naturaleza, fecundo. Por consiguiente, la persona humana sólo puede ser feliz – en esta vida y en la próxima – cuando está dispuesta a amar y a estar abierta a la fecundidad, de conformidad con su dignidad de persona creada a imagen de Dios. Nuestro Señor Jesús estableció la Iglesia Católica, no para ponernos límites y restricciones, sino para enseñarnos cómo vivir en la tierra según nuestra dignidad de personas creadas a imagen de Dios, y de esa manera, un día vivir para siempre con Él en el Cielo.

¿Cuál es el remedio para esta catástrofe?

Como sacerdotes, tendrán la capacidad de promover el plan de Dios para una Cultura de la Vida y el Amor, dondequiera que estén, en cualquier parte del mundo.

Ello es, de hecho, la misión más grande que la Iglesia tiene hoy en día. Si predicán en contra de la anticoncepción, las personas de buena voluntad les escucharán, porque están sedientos de la verdad. Si abrazan esta verdad, esas personas reconocerán que la procreación es un bien, podrán repudiar la “mentalidad anticonceptiva”, la cual rechaza el plan de Dios, y tendrán la oportunidad de aprender a amar auténticamente. El matrimonio y la vida familiar podrán comenzar a florecer y, a medida que acojan a los niños con amor, se podrán restaurar sociedades estables.

Pero tienen que escuchar esta verdad de *ustedes*, los sacerdotes. Si no predicán en contra de la anticoncepción, le estarán dando una aprobación silenciosa. Estarían, en un sentido muy real de la palabra, practicando la anticoncepción contra la verdad al actuar como una barrera entre la verdad de Dios y Su pueblo. Como proclamó de manera tan atinada el Papa San Félix III: “El *no* oponerse al error es aprobarlo; el *no defender la verdad es suprimirla*”.

Al predicar la plenitud del Evangelio de la Vida y refutar todos los aspectos de la mentalidad anticonceptiva, no solamente vuestra gente será mucho más feliz y más plenamente humana, sino que *ustedes mismos* serán más felices también. Pasarán menos tiempo en la consejería matrimonial y en la mediación de conflictos familiares, y mucho más tiempo celebrando bautismos y matrimonios que pueden durar toda una vida. Sus parroquias, y las almas de vuestra gente, alcanzarán la serenidad.

La misión fundamental de la Iglesia hoy en día es trabajar para que se establezca una “Cultura de la Vida”, que tanto han fomentado los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, por medio de “hacer discípulos de todas las naciones” (Mateo 28:19-20). No podemos lograr este cometido simplemente eliminando un mal. Debemos lograr la restauración de la civilización por medio del entendimiento y la aceptación plena de lo que es un bien fundamental: en este caso, el auténtico amor humano, la fidelidad conyugal y la apertura a la fecundidad, en el contexto del compromiso del amor conyugal, viviendo según nuestra dignidad de personas creadas a imagen de Dios, la imagen del amor.

Esta evangelización ya no es simplemente un gran bien. Es una *necesidad*, si hemos de sobrevivir como civilización.